

Nicetas de Remesiana

SÍMBOLO DE FE

1. Quien cree en Cristo y le sigue como guía hacia la vida eterna, al igual que el pueblo de Israel siguiendo a Moisés entró en la tierra de la promesa, éste confiando en la conducción de Cristo renuncia ¹ al enemigo y a sus ángeles, es decir, a toda curiosidad mágica, fomentada por medio de los ángeles de Satanás. Después renuncia a sus obras malas, es decir, a las religiones y a los ídolos, a los oráculos y a la adivinación, a las pompas ² y teatros, a los

robos y engaños, a la fornicación y borracheras, a los bailes y mentiras³. Éstas y otras cosas, hermanos, son las que os separaban del Señor y os tenían unidos al diablo. Éstos son los lazos serpentinos que encadenan las almas de los hombres y las conducen a la cárcel del infierno. Liberándose, por tanto, el hombre de estos males y arrojando a la cara del enemigo estas cadenas que lleva a sus espaldas, dice ya con voz sincera:

2. Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. La profesión de fe se inicia con un acto de fe⁴ tal como lo formuló San Pablo: *“Con el corazón —dice—, se crea para (conseguir) la justicia, y con los labios se hace la confesión (que conduce a) la salvación”*⁵. Por tanto, crees en Dios Padre Todopoderoso, Dios ingénito, el cual de nadie tomó comienzo ni lo recibió de nadie, Dios invisible, al que ningún ojo de carne basta para verlo⁶, Dios inabarcable, el cual lo abarca todo, Dios inmutable, el cual no se muda con el tiempo ni envejece

por la edad, sino que siempre es el mismo, el cual no comenzó a vivir en el tiempo, sino que viviendo siempre no admite sucesor alguno, Dios bueno y justo ⁷, Creador del cielo y la tierra. A éste lo confiesas como Dios y al mismo lo confiesas también como Padre ⁸. Es necesario que sea Padre del Hijo, pues nadie es Padre sin un Hijo. Por tanto, es Padre por el Hijo, teniendo sin duda un Hijo del cual es Padre. Y en esto consiste la piadosa confesión (de fe) en Dios, en que no sólo sepas, como los judíos ⁹, que Él es Dios, sino en que lo reconozcas también como Padre, “Padre del Verbo viviente, de la virtud y de la sabiduría propia” ¹⁰, el cual antes de todos los siglos, antes de todo comienzo, antes de absolutamente todo tiempo ¹¹ engendró de sí mismo un Hijo, el espíritu al espíritu ¹²,

Dios a Dios, *“en el cual fueron creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, las visibles y las invisibles”*¹³, como enseña Pablo y confirma Juan: *“Todo —dijo—, fue hecho por medio de Él y sin Él no se hizo nada”*¹⁴.

3. Por tanto, creyendo en Dios Padre, enseguida confesarás que crees y **en su Hijo Jesucristo**. Éste es el Hijo de Dios, Jesucristo. Jesús, traduciéndolo del hebreo, significa Salvador, y Cristo es nombre que expresa dignidad regia, de modo que el mismo y único Jesucristo es Salvador y Rey. Jesucristo es uno y el mismo¹⁵. Por nuestra salvación¹⁶ descendió de los cielos de junto al Padre y tomó un cuerpo semejante al nuestro, **nacido del Espíritu Santo y de María la Virgen** sin concurso alguno de varón. El cuerpo fue engendrado a partir de un cuerpo por virtud del Espíritu Santo. Permaneciendo Dios se hizo hombre para poder servir a los hombres de contemplación, de enseñanza y de salvación, ya que de otro modo los hombres no podrían resistir la divinidad si no es por la asunción de un cuerpo visible.

4. Nació, pues, de la Virgen santa e incontaminada para darnos a nosotros el comienzo del santo nacimiento. Nació conforme a lo que había sido dicho por medio del profeta: *“He aquí que una virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo y le llamarás con el nombre de Emma-*

nuel”, que se interpreta “*Dios con nosotros*”¹⁷. Cree, pues, que éste, que ha nacido de la Virgen, es Dios con nosotros, Dios nacido del Padre antes de los siglos, hombre nacido de la Virgen por los hombres, encarnado realmente¹⁸ y no en apariencia, como algunos equivocados herejes que, avergonzándose del misterio de Dios, dicen que la encarnación del Señor se ha realizado en apariencia, como si no hubiera sido realmente lo que se veía, sino que habría engañado a la mirada de los hombres, lo cual no se compagina en absoluto con la verdad de Dios. Pues si la encarnación es falsa, también será falsa la salvación para los hombres¹⁹; pero si la salvación es verdadera en Cristo, también lo es en Él la encarnación. Ambas cosas existían en Él: el hombre visible y Dios invisible. Comiendo como hombre y alimentando a cinco mil hombres con cinco panes²⁰ como Dios. Como hombre teniendo sed²¹ y dando el agua de vida²² como Dios. Durmiendo como hombre en la barca, pero dando órdenes a los vientos y al mar como Dios²³. Como hombre teniendo las manos clavadas en la cruz, pero como Dios dando el paraíso al ladrón que le confesó²⁴. Finalmente, en cuanto hombre recibiendo la muerte y enterrado por poco tiempo su cuerpo, pero como Dios resucitando del sepulcro a un muerto

de cuatro días ²⁵. Por tanto, hay que creer que Cristo es ambas cosas: que es Dios y que es hombre, porque así como es reconocido como hombre por las pasiones ²⁶, así se manifiesta como Dios por sus obras divinas. Tienes, pues, argumentos para rechazar a los maestros del engaño. Si alguien intentara susurrarte al oído que Cristo había sido sólo hombre, dile: Ya he aprendido que aquél que se hizo hombre a causa de nuestros pecados, es Dios por sus milagros y por sus enseñanzas, pues dice el mismo Salvador a los judíos: *“Si no queréis creerme a mí, creed al menos a mis obras, y sabed que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”* ²⁷.

5. A continuación debes creer en la pasión del Señor y confesar que Cristo ha padecido y ha sido crucificado por los judíos, según lo predicho por los profetas ²⁸. Y procura no avergonzarte de la pasión de tu Señor. Cuando la infidelidad de los judíos o la necedad de los gentiles ²⁹ pretenda blasfemar de la magnífica cruz de Cristo, acuérdate siempre de la palabra del Señor: *“A quien me confesare ante los hombres, también yo lo confesaré ante mi Padre que está en los cielos”* ³⁰. Y no tienes por qué avergonzarte, si comprendes bajo qué misterio padeció Cristo: padeció no en la divinidad, sino en la carne. En efecto, Dios es siempre impasible. Ahora bien *padeció en la carne*, como enseña el Apóstol ³¹, de modo que de su herida manase la salvación al género humano, como también lo había predicho el profeta Isaías: *“Y Él padeció —dijo—, por nuestros pecados y con su herida hemos sa-*

nado todos”³². Pues Cristo padeció por nuestro pecado, para que se nos diese la justicia. **Padeció bajo Poncio Pilato.** Se indica el tiempo en que Poncio Pilato fue gobernador de Siria y Palestina. Sin embargo, esto se indica en previsión de que algunos herejes, engañados por los fraudes del demonio, hablan de varios Cristos. Con todo, a ti se te enaña el tiempo de la pasión para que confieses que no ha padecido otro distinto excepto aquél que verdaderamente padeció bajo Poncio Pilato por la salvación del mundo, a saber, Cristo. Pues murió para destruir los derechos de la muerte.

6. Al tercer día resucitó vivo³³ **de entre los muertos,** como dice el profeta: *“Libre entre los muertos”*³⁴. En efecto, la muerte no podía retener a Cristo, que tiene toda la potestad sobre la muerte y sobre la vida. **Subió a los cielos,** de donde había descendido, pues *“nadie —dijo—, subió al cielo, sino el que bajó del cielo, el hijo del hombre que está en el cielo”*³⁵. **Está sentado a la derecha del Padre** según lo que David en nombre del Padre dijo al Hijo: *“Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”*³⁶. **De allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.** Cree que este mismo Cristo, Dios nuestro, vendrá con los ángeles³⁷ y las virtudes de los cielos a juzgar a los vivos y a los ya muertos para dar *“a cada uno según sus obras”*³⁸, a saber, para establecer a los

justos en la vida eterna y someter a los impíos al castigo eterno.

7. Crees y en el Espíritu Santo. Este Espíritu Santo es uno y lo santifica todo. Procede del Padre, y es el único que escruta³⁹ los misterios y profundidades de Dios y que desde los cielos vino sobre Cristo en forma de paloma⁴⁰. Ciertamente este Espíritu Santo es uno, pero es múltiple en sus poderes y en sus acciones. Él *“reparte a cada uno los dones de la gracia, como quiere”*⁴¹. Él estableció a los profetas⁴² y llenó a los apóstoles⁴³ y Él mismo en el momento del bautismo⁴⁴ santifica las almas y los cuerpos de los creyentes. Sin su actividad ninguna criatura puede llegar a la eternidad⁴⁵. Incluso los ángeles *“desean contemplar su gloria”*⁴⁶. Él santifica con su majestad a los tronos, dominaciones y a todas las virtudes⁴⁷. Si *“alguno*

blasfemare contra este Espíritu Santo, no tiene perdón ni en este siglo ni en el futuro”⁴⁸, como proclamó el mismo Señor.

8. Afianzad, hermanos, en vuestros corazones⁴⁹ esta fe en la Trinidad, haciendo profesión de fe **en un solo Dios Padre Todopoderoso y en su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, y en el Espíritu Santo**, luz verdadera y santificador de las almas, que es prenda de nuestra herencia⁵⁰, el cual, si le estamos atentos, nos conducirá a toda la verdad⁵¹ y nos hará heredar las cosas celestiales. En efecto, los apóstoles recibieron del Señor esta Regla de Fe⁵² para que *“bautizasen en el nombre del Pa-*

dre y del Hijo y del Espíritu Santo a todas las gentes creyentes"⁵³. Que esta fe permanezca en vosotros, *"guardad el depósito, carísimos, evitando las novedades profanas de las palabrerías y las objeciones de la falaz ciencia"*⁵⁴.

9. Si los gentiles son partidarios de rendir de nuevo culto a muchos antepasados, tú mantén tu santa profesión de fe, puesto que confesaste que hay un solo Dios Padre. Por lo demás, la naturaleza no consiente que un hombre tenga varios padres. Si el judío no aconseja creer que Cristo es el Hijo de Dios, considéralo como enemigo, o refútalo si posees gran conocimiento de las Escrituras o en último término si careces de pericia⁵⁵, evítalo. Asimismo si un hereje con el nombre de cristiano te enseña que Cristo es una criatura o intenta persuadirte que el Espíritu Santo es extraño a la gloria del Padre y del Hijo, considéralo como pagano y publicano⁵⁶, pues te lleva a la idolatría al persuadirte que rindas culto a una criatura. Y cuando intenta enredarte con cuestiones complicadas⁵⁷, recurre al muro de tu fe y dile conforme con el Apóstol: *"Yo he sido purificado, he sido santificado, he sido justificado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de mi Dios"*⁵⁸. No cambiaré nada en esta confesión de fe en la Trinidad ni haré daño a mi salvación ni detrimento a mi fe.

10. A continuación de la confesión de fe en la santa

Trinidad, confiesas ya que crees en la **Santa Iglesia Católica**. ¿Qué otra cosa es la Iglesia sino la congregación de todos los santos? En efecto, desde la creación del mundo, los patriarcas, Abrahán, Isaac y Jacob, los profetas, los apóstoles, los mártires y los demás justos que existieron, existen y existirán ⁵⁹, forman la única Iglesia, porque santificados por una sola fe y modo de vida, sellados por un único Espíritu, han formado un único cuerpo. Consta y está escrito ⁶⁰ que la cabeza de este cuerpo es Cristo. Todavía digo más. Incluso los ángeles, las virtudes y las potestades celestes están confederados en esta única Iglesia, diciéndonos el Apóstol que *“en Cristo han sido reconciliadas todas las cosas, no sólo las de la tierra, sino también las que hay en el cielo”* ⁶¹. Así pues, crees que en esta única Iglesia has de conseguir la **comunión de los Santos** ⁶². Ten por bien sabido que ésta es la

Iglesia Católica constituida en todo el orbe de la tierra y cuya comunión debes guardar firmemente. Sin duda, que hay otras pseudo-iglesias, pero no tienes nada en común con ellas, como, por ejemplo, la de los maniqueos, catafrigas ⁶³, marcionitas o la de los demás herejes o cismáticos, porque estas iglesias dejan ya de ser santas, puesto que engañados por las doctrinas del demonio creen de otra manera y actúan con otro estilo distinto del que mandó Cristo, el Señor, y transmitieron los apóstoles. A continuación crees en el **perdón de los pecados**. Ésta es, en efecto, la razón de ser de la gracia, a saber, que los creyentes y los que confiesan a Dios y a Cristo consiguen mediante el bautismo el perdón de todos sus pecados; por lo que también se llama regeneración, porque el hombre

se vuelve más inocente y puro que cuando es engendrado del seno de su madre. A continuación, crees en la **Resurrección de tu ⁶⁴ carne y en la vida eterna**. Realmente, si no crees esto, en vano crees en Dios, pues todas las cosas que creemos, las creemos por nuestra resurrección. Por el contrario, *“si solamente en esta vida esperamos en Cristo, somos, como expresamente dice el Apóstol, más desgraciados que todos los hombres”*⁶⁵, cuando ciertamente para esto tomó Cristo carne humana, para hacer a nuestra sustancia mortal partícipe de la comunión de la vida perpetua.

11. Sin duda, que hay muchos herejes que distorsionan la fe en la resurrección, defendiendo la salvación de solo el alma, una vez negada la resurrección de la carne. Mas tú, que crees en Cristo, confiesas la resurrección de tu carne, *“pues para esto Cristo murió y resucitó, para dominar sobre vivos y muertos”*⁶⁶. Y esto no lo crees en vano, puesto que tienes a autores idóneos, por ejemplo, al profeta Isaías que anuncia claramente: *“Resucitarán los muertos, se levantarán los que están en los sepulcros y se alegrarán los que están en la tierra”*⁶⁷. Tienes también al mismo Señor de los profetas, que promete en el Evangelio: *“Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá”*⁶⁸. Y en otro pasaje: *“En verdad os digo, llega la hora en que los muertos que están en los sepulcros escucharán la voz del Hijo de Dios y re-*

sucitarán. Los que hicieron el bien, para la resurrección de la vida y los que hicieron el mal, para la resurrección del juicio”⁶⁹. También tienes al apóstol Pablo que afirma: *“Es necesario que esto corruptible se revista de incorrupción y que esto mortal se revista de inmortalidad”*⁷⁰. Sabed que el hombre consta de doble sustancia, a saber, de cuerpo y de alma⁷¹. El cuerpo es mortal, pero el alma es inmortal. Cuando el hombre muere en esta vida, no muere el alma, sino que retirándose ella, muere solamente el cuerpo, y pudriéndose el cuerpo en la tierra, el alma según sus méritos se guarda⁷² o en el lugar de luz⁷³ o en el lugar de las tinieblas, para que el día de la venida del Señor desde el cielo, cuando venga con sus santos ángeles⁷⁴, una vez resucitados todos, las almas retornen a sus cuerpos y se lleve a cabo la justa separación entre buenos y malos. *“Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre”*⁷⁵, pero los impíos y malvados irán a las tinieblas del infierno, *“donde habrá llanto de los ojos y rechinar de dientes”*, según está escrito⁷⁶.

12. Y para que no dudes de la resurrección del cuerpo, escucha siquiera un ejemplo de las realidades del mundo, como enseña el Apóstol⁷⁷: He aquí que se siembra en la tierra un grano de trigo, muerto y sin vida, y humedecido con el rocío del cielo, una vez que se ha podrido, entonces es cuando finalmente se vivifica y brota de nuevo. Pienso que el que resucita al grano de trigo por causa del hombre

¿no podrá resucitar al hombre que fue sembrado en la tierra? No sólo puede, sino que también lo quiere. Pues así como el grano se vivifica con la lluvia, así también los cuerpos con el rocío del Espíritu, como dice Isaías al Señor: *“El rocío que viene de ti —dice—, es salud para ellos”*⁷⁸. Verdaderamente es salud, porque los cuerpos resucitados de los santos ya no pueden sufrir más, no temen ya morir más. En efecto, viven con Cristo en el cielo los que en este mundo vivieron según los preceptos y la justicia de Cristo. Ésta es aquella vida eterna y bienaventurada, en la que crees. Éste es el fruto de toda la fe y del buen comportamiento. Ésta la esperanza por la cual nacemos, creemos y renacemos. Por ella los profetas, los apóstoles y los mártires padecieron trabajos tan intrincados que recibieron la muerte con gozo. El gentil no tendrá esta vida ni la poseerá el incrédulo judío, pero tampoco el cristiano que está esclavizado a los vicios y pecados, porque está preparada para solos los fieles y para los que viven castamente.

13. Siendo esto así, carísimos, permaneced en lo que habéis aprendido y se os ha enseñado⁷⁹. Mantened siem-

pre el pacto ⁸⁰ que hicisteis con Dios, es decir, este símbolo que profesáis ante los ángeles y ante los hombres. Sus palabras ciertamente son breves, pero contienen todos los misterios ⁸¹. En efecto, en forma abreviada ⁸² se han recogido de todas las Escrituras, como piedras preciosas engarzadas en una corona, para que, dado que muchos creyentes no saben leer o si saben no pueden por sus educaciones seculares leer, guardándolas en su corazón, tengan la ciencia saludable que les basta.

14. Así, carísimos, ya caminéis, estéis sentados o tra-

bajando, ya durmáis o estéis despiertos⁸³, medita esta confesión de fe salvadora en vuestro corazones. Que vuestra mente esté siempre en el cielo, vuestra esperanza en la resurrección, vuestro deseo en la promesa. Que la cruz de Cristo y su gloriosa pasión os preceda confiadamente y cuantas veces el enemigo se insinúe en vuestra mente con el temor, la avaricia, la lujuria o la ira, respondedle amenazadoramente diciendo: “Ya he renunciado⁸⁴ y volveré a renunciar a ti, e igualmente a tus obras y a tus ángeles, porque he creído al Dios vivo y a su Hijo, he sido sellado con su Espíritu y he aprendido a no temer la muerte”. De este modo os defenderá la mano de Dios y el Espíritu Santo de Cristo custodiará vuestras *“entradas desde ahora para siempre”*⁸⁵. Que cuando meditéis sobre Cristo os digáis mutuamente: Hermanos, *“ya estemos despiertos o dormidos, vivamos juntamente con Cristo”*⁸⁶.